

Por los encantos de El Cucaracho: Consideraciones del paisaje antioqueño bajo la lupa de Tomás Carrasquilla*

Ana Beatriz Orozco Jaramillo**
anasaotome1@gmail.com

Resumen

El presente artículo tiene como finalidad hacer una exploración de la primera parte del capítulo XXVI "Ilusiones y Realidades" de la novela *Frutos de mi tierra* de Tomás Carrasquilla, parte en la cual el autor le otorga el protagonismo al "morro" denominado *El Cucaracho*, sitio preferido por los habitantes del Medellín del siglo XIX para alejarse y descansar de los afanes citadinos. Dicha exploración implica además, la lectura y revisión de tres versiones sobre el tema: el manuscrito de la novela, un artículo de periódico y un artículo de revista.

Palabras claves

Carrasquilla, paisaje, Cucaracho, naturaleza, descanso.

By the charms of El Cucaracho: Considerations of the landscape under the magnifying glass of Tomás Carrasquilla

Abstract

This article aims to make a scan of the first part of the chapter XXVI "Ilusiones y realidades" of novel *Frutos de mi tierra* of Tomás Carrasquilla, part in which the author gives prominence to "morro" called *El Cucaracho*, site preferred by the inhabitants of the 19TH century Medellín to get away and rest from the cares of city dwellers. Such exploration implies also, the reading and review of three versions about the theme: the manuscript of the novel, an article of newspaper and an article of magazine.

Key words

Carrasquilla, landscape, Cucaracho, nature, relaxation.

* Artículo de investigación para grado de Maestría en Hermenéutica Literaria. Universidad EAFIT.

** Licenciada en Educación Básica con énfasis en Humanidades y Lengua Castellana. Estudiante de Maestría en Hermenéutica Literaria

*“La felicidad, por más que no lo creamos, no está fuera;
está dentro de nosotros mismos:
está en el alma, sensorio, o como se llame...”*

Tomás Carrasquilla

Introducción

Desde sus formas orales, la literatura ha acompañado al ser humano en la construcción y reconstrucción de sus tradiciones. Los relatos de carácter mitológico, formativo, recreativo han enriquecido el conocimiento de cada generación y han mantenido viva la curiosidad por saber, explicar, buscar, indagar.

En la novela *Frutos de mi tierra*, del escritor Tomás Carrasquilla, la literatura se alza una vez más para ofrecer su perspectiva sobre la importancia de reconocer los espacios ocupados hoy, para comprender que el hoy no puede existir sin el ayer. Y como ese ayer tiene aún mucho que aportar para entender por qué las ciudades se transforman, y transforman a sus habitantes.

Hay en esta obra toda una descripción de las formas de vida en la naciente ciudad de Medellín; tanto el comercio, como las festividades, las celebraciones, las creencias y las ambiciones se dan cita en este relato para ilustrar una sociedad que se nutre de virtudes y vicios, de anhelos y sueños por cumplir, representada por dos familias, los Alzate y los Escandón, cuyas historias nos permitirán conocer las contradicciones de las relaciones sociales y familiares en las que el dinero y las apariencias juegan un papel crucial.

Los primeros capítulos están dedicados a la familia Alzate, su vivienda y sus costumbres. Es la familia pobre que a costa de trabajo duro trata de salir adelante, capitaneada por la matriarca doña Mónica, cuya viudez la impulsa a buscar alternativas para sostener a su familia, mostrando su carácter práctico, recursivo y emprendedor. La segunda familia lleva el apellido Escandón. Sus jefes, don Pacho y doña Bárbara son los padres de ocho hijas y un hijo, criados en medio de la holgura y las oportunidades que las clases adineradas podían disfrutar. Don Pacho logró amasar su fortuna gracias al comercio, lo que le permitió cortejar a doña

Bárbara, descendiente de una familia en la que el buen nombre y la historia están por encima de todo.

Con el paso del tiempo, el trabajo duro realizado por los Alzate les ha granjeado una posición más cómoda. Después de la muerte de doña Mónica y ya establecidos como comerciantes, los dos hermanos mayores Agustín y Filomena se imponen sobre sus hermanas menores Belarmina y Nieves, y deciden el traslado de la familia a una casa más grande, más central, donde abundan los adornos, pero *nada que huela a libro* (Carrasquilla, 1896:4)¹. “Agusto” y “Mina” son reconocidos por sus formas hostiles: desprecian a sus vecinos, tienen la semilla de la envidia a flor de piel y no les interesa ceder la razón, ni la acera, a nadie. La familia Palma, infortunada vecina de los Alzate, sufrirá los insultos, las malas caras, y las humillaciones por parte de Agustín y Filomena, por el hecho de ser menos acaudalada que las otras familias del sector.

Por el lado Escandón, María Josefa, mejor conocida como Pepa, es una joven alegre y extrovertida, muy amiga de las señoritas Palma y Bermúdez con quienes se divierte conversando en su casa o haciendo pasar penas a los jóvenes estudiantes, como Martín Gala, llamado por sus compañeros de estudio “el caucano” o “Galita”. Pepa aliviará un poco el agobio de las jóvenes de la familia Palma dándoles algo más en qué pensar: la forma de engañar y ridiculizar al “vaniao”, como denomina a Martín, quien también busca la forma de desquitarse por las burlas a las que la joven lo ha expuesto. Las amistades de una y otro participarán de los planes de conquista y desamor que, sin pensarlo, ambos jóvenes han trazado, con lo que nos darán una muestra de los juegos y estropicios del amor en medio de las celebraciones y tradiciones de la ciudad.

Si bien, los motivos de la novela están expuestos en los párrafos anteriores, la primera parte del capítulo XXVI, ***Ilusiones y realidades***, se concentra en aquel lugar de descanso, llamado curiosamente *El Cucaracho*, sacando a las familias ya mencionadas del eje del relato novelesco. Don Tomás deja por un instante la preocupación sobre estos personajes que tantas intrigas mantienen, para dedicar

¹ Todas las referencias de la novela son tomadas de la edición de 1896.

toda su atención a los detalles que ofrece la naturaleza que está por encima de esta ciudad, allá, en *el morro*: una especie de paraíso, al que se acude para recordar los sentimientos primigenios, percibir las sensaciones de los elementos y recuperar la salud que el trajín citadino absorbe sin piedad. Y para el observador atento, divisar con el mayor de los gustos.

Este pasaje nos hace preguntar, ¿Cuál es el objetivo de don Tomás al cambiar la perspectiva de su novela? ¿A dónde quiere llevarnos con sus descripciones llenas de vida y frescura propias de El Cucaracho?

Los frutos de Carrasquilla

La historia de Alzates y Escandonés, *Frutos de mi tierra*, vio la luz en enero de 1896 en la ciudad de Bogotá, lugar al que acudió el autor con el propósito de dar a conocer su obra entre los eruditos de la época. Pero sus inicios no son gratuitos, pues Carrasquilla se dio a la tarea de escribirla con el objetivo de sostener la postura que Carlos E. Restrepo y él habían propuesto en medio de una de las sesiones de *El Casino Literario*, en el año 1890: **Sí hay materia novelable en Antioquia, sí hay de qué hablar y sí se justifica hacerlo.**

No hay mejor forma de entender el asunto que a través de las palabras del autor:

Tratábase una noche en dicho centro si había o no había en Antioquia materia novelable. Todos opinaron que no, menos Carlosé y el suscrito. Con tanto calor sostuvimos el parecer, que todos se pasaron a nuestro partido; todos a una disputamos al propio presidente como el llamado para el asunto. Pero Carlosé resolvió que no era él sino yo. Yo le obedecí, porque hay gentes que nacen para mandar (Carrasquilla, 1958: xxvi).

Para llevar a cabo tan importante misión, Carrasquilla retorna a su casa en el municipio de Santo Domingo, lugar propicio para darle rienda suelta a sus ideas:

Una vez en la quietud arcadiana de mi parroquia, mientras los aguaceros se desataban y la tormenta repercutía, escribí un mamotreto, allá en las reconditeces de mi cuartucho. No pensé tampoco en publicarlo: quería probar, solamente, que puede hacerse novela sobre el tema más vulgar y cotidiano (1958: xxvi).

Y en esa quietud comenzaron a florecer las descripciones más reales de la vida de Medellín: los ires y venires de la guerra, el rebusque del día a día, la manutención de familias numerosas y la actividad que bulle en esta tierra de maiceros, de

cachaquillos, de enamorados. Al finalizarlo, emprende el viaje a la capital, donde realiza la última revisión y lo somete a juicio, antes de su publicación en enero de 1896:

El manuscrito fue leído por gentes competentes, que lo encontraron bien. De él se publicaron varios fragmentos. Constreñido luego por varios amigos y parientes, resolví sacarlo a la calle, en la seguridad de que nadie lo leería y de que echaba al río el valor de la edición. No resultó así: el libraco fue leído, comentado y se vendió muy pronto. ¡No fue ni gracia! Encontré aquí (en Bogotá) padrinos muy buenos e influyentes que me lo ampararon antes y después de su salida. Entre ellos, Diego y Rafael Uribe Uribe, José A. Silva, Laureano García Ortiz, Jorge Roa, Antonio José Restrepo, Mariano y Pedro Nel Ospina y los redactores de la Revista Gris.

Don Rafael María Merchán y don José Manuel Marroquín, que leyeron todo el manuscrito, encontraron aquello poco menos que detestable. Tal es la historia de **Frutos de mi tierra** (1958: xxvi).

Carrasquilla, en su estilo jocoso y fresco, no sobreestima su obra, motivada en parte, por sus familiares y amigos. Es claro que para él publicarla no es su objetivo principal, sino demostrar que cualquier tema puede tener un tratamiento literario, para llevar la escritura a terrenos más cercanos a la realidad. Además, critica las producciones novelísticas que hasta el momento se han tenido como meritorias en el país, pero que pecan en el exceso idealista, que, por supuesto, *Frutos*, abandona por completo:

Casi estoy de acuerdo con estos dos maestros. En verdad que a esta obrilla, por más que haya gustado, le concedo muy poco mérito artístico. De tener alguno, será, probablemente, como documento literario, por ser ésa, la primera novela prosaica que se ha escrito en Colombia, tomada directamente del natural, sin idealizar en nada la realidad de la vida. Y digo que la primera, porque **Manuela**, si muy hermosa, meritoria y realista, es más bien un estudio de costumbres que de caracteres, amén de estar inconclusa (1958: xxvi).

Es esta novela, de alguna forma, la declaración inicial de independencia frente a los temas europeos, frente a las formas adoptadas por los escritores costumbristas, frente a los modelos extranjeros, postura que ratifica, “calándose el bonete” en uno de sus escritos posteriores:

Cantad la vida de la realidad, no la arbitraria de la convención. [...]. No os intimide la región: el punto geográfico y el medio, nada importan. Bajo accidentes regionales, provinciales, domésticos, puede encerrarse el universo (Carrasquilla, 2008: 251)

El universo de Medellín que don Tomás, como escritor, había construido, en el que resalta cualidades y defectos de las gentes de la tierra antioqueña, los cambios

en el paisaje y la evolución de la ciudad, además de tratar de hacer una literatura realista, en la que pueda sentirse la vida, hace que Carlos E. Restrepo afirme cuáles son los valiosos aportes que logra la aparición de esta novela:

[...] El segundo mérito [...] es que nos haya caído esta novela, escrita en **antioqueño**, pensada en lo mismo y que llama á las personas y á las cosas con sus nombres —en una palabra, realista de buena ley- en medio del turbión decadente que se nos viene encima, por cuya obra y gracia yá no entendemos lo que se escribe, y los sentidos corporales truecan su objeto, siendo lilas azules los sonidos, melodiosos y en diapasón los colores, sávido lo del olfato, y donaires del jaez (Restrepo, 1996:15).

En cuanto a la génesis del texto, Jorge Alberto Naranjo, profundo conocedor de la obra del dominicano, afirma que entre ese año (1890) y el siguiente Carrasquilla escribe, en su pueblo Santo Domingo y durante los días de invierno, el primer mamotreto de su novela.

El 2 de agosto de 1893, *El Espectador* publica el texto ***Medellín y el Cucaracho, fragmento de la novela inédita Jamones y Solomos***, firmado por Carlos Malaquita. Para Naranjo, según estos datos se infiere que Carrasquilla pudo terminar el primer mamotreto de la novela y hasta pulirlo, entre 1891 y 1893. Los tres años siguientes corresponden a los trámites editoriales (lectura de la novela por varios amigos y parientes, decisión de publicarla, viaje a Bogotá a fines del 95 - pagado por su abuelo Juan Bautista Naranjo-, e intensa correspondencia) hasta que sale la pulcra edición a comienzos de 1896 (Naranjo, 1996: 84).

Posteriormente, la obra ha seguido editándose, por solicitud de los herederos de la familia y por el interés que el trabajo de Carrasquilla empezó a suscitar entre los estudiosos de la literatura, desde la que vio la luz en 1896 hasta la última edición, elaborada por la Universidad de Antioquia en el año 2008².

² La primera edición fue realizada en la ciudad de Bogotá a cargo de la Librería Nueva (1896), imprenta de Medardo Rivas con prólogo de Pedro Nel Ospina. Las labores de impresión terminaron en la semana del 21 de enero de 1896.

La segunda edición fue realizada por Ediciones y Publicaciones Españolas S.A. (1952) con prólogo de Federico de Onís; contiene además páginas autobiográficas de 1914, unas palabras de Julio Cejador y Frauca y un vocabulario de antioqueñismos.

La tercera edición estuvo a cargo de la Editorial Bedout (1958); ordenada por la familia del autor y revisada por Benigno A. Gutiérrez, cuenta con prólogo de Roberto Jaramillo; el informe del jurado que le otorgó a Carrasquilla el premio nacional de literatura y ciencias Vergara y Vergara en 1935, las páginas autobiográficas de 1914 y un índice de las obras del autor.

Del manuscrito al texto impreso

El tema de El Cucaracho tiene varios referentes que nos pueden brindar información acerca de su composición e independencia. Son cuatro documentos que nos permiten saber cómo fue evolucionando en Carrasquilla la mirada sobre el morro.

El primero es aquel que hace parte del manuscrito inicial de la novela, cuya composición podemos ubicar entre los años 1891 y 1892. El segundo es el artículo que apareció en el periódico *El Espectador* en el año 1893; el tercero es aquel que aparece como primera parte del capítulo XXVI de la novela propiamente dicha y el cuarto, de nuevo un artículo, publicado en la *Revista Sábado*, en el año 1929.

Las notas originales de la historia de Alzates y Escandonés se hallan en un cuaderno de hojas tamaño oficio, rayadas, en las que se puede apreciar un buen número de ideas en las que se esbozó la estructura de la novela. No hay números de página, divisiones por capítulo, ni títulos, pero pueden hallarse varias de las ideas que permanecieron hasta la edición definitiva de 1896. Eso sí, hay borrones, tachones, añadiduras y pequeñas marcas de color debajo de los errores ortográficos, que no fueron pocos. Este primer manuscrito fue donado por el autor a la Biblioteca del Tercer piso, de su pueblo natal Santo Domingo³ el 26 de diciembre

La cuarta edición surge por iniciativa del Instituto Caro y Cuervo (1972); fue dirigida por Seymour Menton, basándose en sus estudios sobre la novela. En esta edición se hace un cotejo entre las ediciones de 1896 y 1958, con ocasión del centenario de Carrasquilla.

La quinta edición pertenece a la Colección Autores Antioqueños (1996), complementada con un tomo adicional de textos críticos (compuesto por escritos de 1896 y de 1996, al centenario de la aparición de la obra). Esta edición estuvo a cargo de Jorge Alberto Naranjo y Estella María Córdoba. La Colección fue auspiciada por el IDEA, la FLA, BENEDAN y EDA, (Empresas Departamentales de Antioquia).

Y la última edición que ha sido realizada es la de la Universidad de Antioquia (2008). Fue la edición conmemorativa por la celebración del natalicio de Carrasquilla. En ella se hace una nueva revisión de la obra, anotaciones respecto a las correcciones en las ediciones de 1952 y 1958, y la inclusión de documentos como cartas, pequeños documentos (Discos cortos) y un concepto como jurado, hallados en varias revistas. Jorge Alberto Naranjo fue el encargado de coordinar esta edición.

³ Municipio ubicado al nordeste de la capital antioqueña. Hacia el año de 1814 Santo Domingo fue elevado a Distrito y tenía 2.500 habitantes. Entre 1861 y 1862 Se libraron en este territorio las guerras de Rumazón y Santo Domingo entre las tropas del Estado Liberal de Bolívar y el Estado conservador de Antioquia. Hacia 1877 pertenecían a Santo Domingo las inspecciones de San Roque y la Plata, los Distritos de Rosario, San Pedro, San Javier, Porce, Nus, La Quebra, Trinidad, San José, Moro, San Pedrito, Reyes, San Luis; Quebrada negra, Playas, saltillo, Travesías y Santiago.

Tomado de http://www.santodomingo-antioquia.gov.co/informacion_general.shtml

de 1896, donde permaneció hasta que fue hurtado. Por tres ocasiones sufrió dicha suerte hasta que, finalmente, fue hallado por el DAS y entregado al municipio de Santo Domingo. Actualmente reposa en la casa del escritor, que fue restaurada y convertida en la *Casa Museo Tomás Carrasquilla* desde el año 2008. Allí también se encuentra la biblioteca personal de don Tomás, así como los ejemplares más antiguos que pertenecieron a la Biblioteca del Tercer Piso, en cuyo local funciona hoy en día la Biblioteca Municipal.

El segundo documento es un artículo publicado en el periódico *El Espectador*, número 281 del 2 de agosto de 1893 en la ciudad de Medellín. En la sección de Literatura, segunda y tercera página, puede leerse el texto *Medellín y el Cucaracho: fragmento de la novela inédita Jamones y Solomos*⁴, un texto, bastante más extenso que el manuscrito y con algunas diferencias sobre el texto final de 1896, y firmado además por Carlos Malaquita. Retoma aquí el anagrama con el que presentó su primer cuento *Simón el mago* en 1890.

El tercer documento es la parte I del capítulo XXVI “Ilusiones y Realidades” de la novela *Frutos de mi tierra*, publicada en Bogotá en 1896. Durante el tiempo de preparación de la edición realizó ajustes, incluyendo el del título, modificado, según Carrasquilla, por Jorge Roa, y presentándolo a diferentes personas para dieran a conocer sus opiniones sobre la “obrilla”.

El cuarto documento es el que aparece publicado en 1929, en *Sábado Revista semanal ilustrada*, llamado *Medellín visto desde “el Cucaracho”*, de Tomás Carrasquilla y colocando entre paréntesis *de Frutos de mi tierra*. Aquí se reconoce que hace parte de la novela, a diferencia de la publicación de 1893.

Ahora bien, el valor agregado de estos documentos radica en la oportunidad de poder conocer las primeras ideas que el autor esbozó sobre el pasaje del Cucaracho, cómo fue transformándolo, agregando notas, en algunos casos y

(visitado el 14 de octubre de 2016).

⁴ Es la que más adelante se llamará *Frutos de mi tierra*. Durante su estadía en la capital, Carrasquilla muestra a los intelectuales de la época su escrito. Para algunos, denominar una novela con un nombre tal podía degradar su trabajo.

cambiando el orden de los párrafos y las ideas, en otros; eliminando por aquí e introduciendo por allá. Encontrar el texto en cuatro ocasiones indica que, sin desvincularlo por completo de la novela, su tema goza de autonomía, pues es un soplo de frescura al llegar a la cumbre de los conflictos que los seres “de carne y hueso” se han empeñado en mantener. Nos separa por un buen rato de la “calle de las Queseras del Medio” para llevar nuestra atención a otro lado, a ese sitio que, desde las alturas, ofrece otra perspectiva de la realidad⁵.

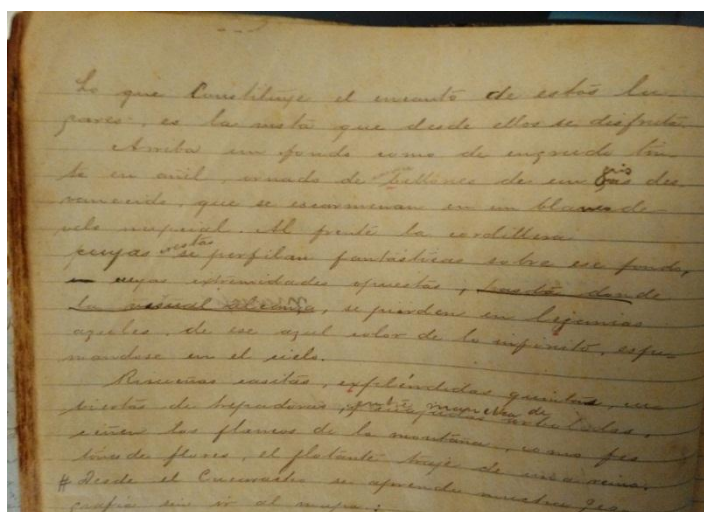


Figura 1. Fotografía de una de las páginas del manuscrito de 1891. Pueden observarse los tachones y algunas palabras añadidas posteriormente por el autor.

⁵ En el anexo nos permitimos hacer una revisión e integración de los cuatro textos, para evidenciar cuánto cambió el texto original para llevarnos hacia el que conocemos dentro de la novela.

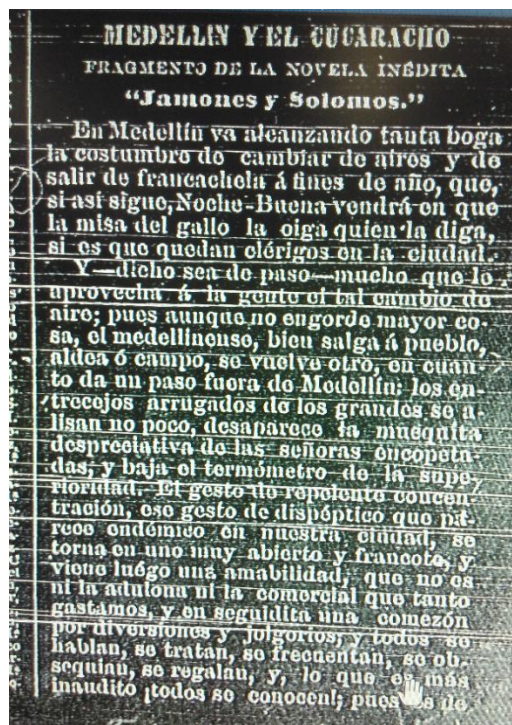


Figura 2. Fragmento inicial del artículo de 1893, en la segunda página del periódico El Espectador.

Pero no son los vientos, ni las transiciones, ni los atavíos del terruño, lo que constituye el encanto de *El Cucaracho* y de esos campos; es, seguramente, el paisaje que desde ellos se disfruta.

Por aquello de que: *El que no ha visto iglesia...* se resiste uno á creer que aquel horizonte pueda ser medido; al contemplarlo, parecen mentira las distancias y cálculos cosmográficos: es un fondo como de engrudo claro medio tinto en añil, una semblanza de la inmensidad, ornada de vellones de un gris desvanecido, que se escarmanan blancos y difusos como jirones de velo nupcial. Al frente, *Santa Helena*

Figura 3: Pasaje en la página 322 de la Edición de 1896. Coincide en parte el primer párrafo de esta edición con el texto manuscrito.

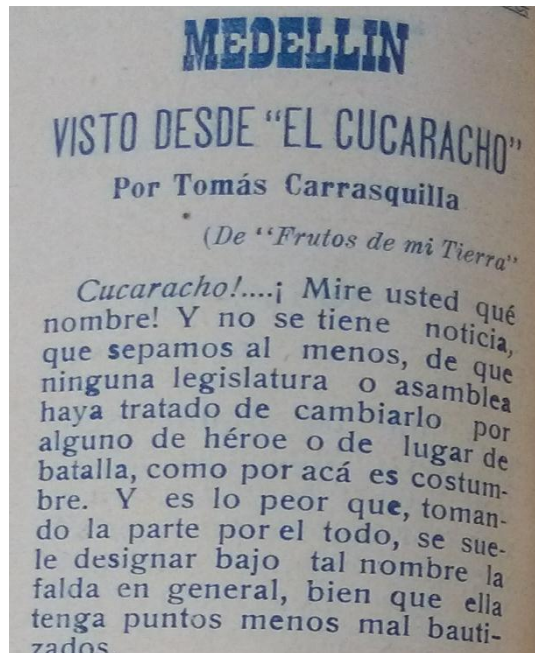


Figura 4: Primer párrafo del artículo de 1929. Pág. 1586

Por los encantos de “El Cucaracho”

El viaje que nos propone el autor a un sitio tan especial tiene su historia.

En el capítulo IX, “Después de un Gusto”, Carrasquilla nos cuenta la forma en que Jorge Bengala, yerno de don Juan Palma, le da una buena lección de urbanidad a Agustín, para que aprenda a tratar a las mujeres, haciendo crujir su látigo en el pecho, nuca y rostro del susodicho antes de que el Alzate pueda hacer algo para defenderse. Este castigo no es más que la reacción de Bengala al enterarse de la actitud hostil de Agustín hacia la familia Palma, manifestada en acciones vandálicas como rayar la fachada de su casa, y de acoso como exigirles fianza y acusarlos ante la policía por supuestas burlas hacia su persona y la de Filomena. Don Juan Palma, patriarca de la familia, por el bienestar de los suyos, prefiere cambiar de domicilio, con lo que el mayor de los Alzates se siente victorioso y digno como nunca. Sin embargo, Bengala, irritado por el trato del Alzate hacia sus parientes, le propina una azotaina que no le deja ni pestañear:

Aturdido, cegado, se bambolea como ebrio, y el látigo, potente, eléctrico, chasquea y chasquea sobre su cuerpo y da con él en tierra despatarrado y convulso.

El látigo sigue: lo hace retorcerse, lo zangolotea, lo revuelca, al mismo tiempo que una voz bronce, entrecortada, brama: “¡Miserable!...¡Sólo te atreves a insultar a las mujeres, a las señoras!...¡Cobarde!...¡No te vale el corsé que te pones para quedar marcado con el fuetel!...¡No te valió la fianza, canalla!..(1896:136).

La humillación que sintió “Agusto” hizo que se deprimiera profundamente y renunciara a salir de la casa, sin ser capaz de regresar a sus actividades cotidianas, descuidando sus negocios y responsabilidades. Sin posibilidad de hacerlo recapacitar, Filomena, como cabeza de la familia, consideró que la estancia en *El Cucaracho* podría devolverle los ánimos y la salud (1896:299). La prendera decide alquilar una casa en el Cucaracho, hacia la que partió Agustín, junto a Nieves, la cocinera y la negra Bernabela, para encontrar en el sitio:

Numerosas casas de recreo, con su pintura roja, sus siempre bien enlucidas paredes, sus dilatados corredores, campan por su holgura en praderas acicaladas, donde algún pedrejón cubierto de líquenes, sombreado por guayabos y chagualos, hace las veces de oasis (1896:320).

Poniendo manos a la obra, se organizan los “corotos”, se asignan las tareas, y se emprende el viaje hacia aquel sitio. Después de semejante paliza y otras peripecias, llegamos al capítulo XXVI, para hallar un espacio en el que la novela se detiene en los encantos de la naturaleza que hacen parte de la ciudad de Medellín.

Carrasquilla se deshace en la descripción minuciosa de cuantos elementos puedan ser descritos: las montañas hacia Santa Elena, el Alto de las Cruces, el Poblado, el morro de los Cadavides, el Bermejil, el Pan de Azúcar; la forma de las nubes, el ímpetu de los vientos, los colores vivos de las plantas, las particularidades de los árboles, la alabanza de la agricultura, los alimentos que han fortalecido a los hombres y mujeres de estas tierras, la sinuosidad de las montañas, el “peluche verde” que las cobija, la frescura de las aguas de la quebrada la Gómez, el atrevimiento de la “pérfida” Iguaná, y unas palabras poco halagüeñas para referirse al nefando Volador. No deja atrás las corrientes tranquilas del Aburrá que besan el pie de la dama Ciudad, pues Ella, con sus encantos, atrae hacia sí a aquellos que tengan en sus manos el mágico tintineo de las monedas, de los billetes nuevos.

Montañas, casas, árboles, flores, nubes, vientos, cielo, quebradas, plantas que encantan con sus formas al escritor y lo envuelven en sus conjuros:

Y cuando, al ponerse el sol, enciende el Ocaso sus luces de Bengala; cuando reina esa calma solemne de la tarde, se aquietta el aire, sube el tono de los colores, los detalle se precisan, y aquella hermosura, alumbrada entonces por esos celajes, reposa serena, y... ¡téngase usted firme, y métale criterio al asunto! porque, cuando menos se lo percate, todas las engañifas de la luz y la distancia, y toda esa comedia de magia, se le mete al seso, y lo convence, y lo enreda, y... **¡aquí me tiene un hombre perdido para los negocios!**(1896: 328).

Tal vez por eso, sean pocos los que se atrevan a dejarse llevar por los cantos de la naturaleza, y prefieren seguir la vorágine del progreso y del comercio que anima la ciudad.

Carrasquilla suspende la narración de las “aventuras” de Alzates y Escandonés para mirar hacia otro lado, hacia aquel sitio al que es enviado Agustín para recuperarse de las heridas morales que ha sufrido. El Cucaracho es, entonces, la clínica del alma, el regreso a la tranquilidad, el reencuentro con el origen, pero alejado de aquel espacio idealizado de la poesía. Se contempla en él la fuerza incontenible de la naturaleza, que se comporta a su amaño, ajena a la voluntad del hombre; salvaje, caprichosa, para nada tranquila y pacífica. Se experimenta allí el alejamiento de los afanes de la ciudad, de las carreras, de los chismes, de las fiestas. Los aromas de frutas y flores le devuelven al alma su frescura y los vientos indomables hacen de las suyas en una montaña que promete la salud y la lejanía. Hablar de este lugar representa rescatar el importante papel de la naturaleza en la vida de los seres humanos:

¿Qué verdor es ese que así agasaja el viento? Se revuelve, se cimbra, y se azota, volviendo, ya de un lado, ya de otro, el encrespado follaje, brillante como seda; se despliega en la vega; viste el ribazo y la colina; llena la quiebra u la cañada; y lo mismo en la pendiente de las montañas que en las márgenes del río, lo mismo en la arada que en la roza, lleva siempre frescura al ambiente, recreo á la vista y santo regocijo al corazón del labrador (1896: 325).

Los sembrados que le dan el sustento a las familias, las flores que alegran con sus colores, la hierba que tapiza la tierra, las quebradas que invitan al descanso, los vientos que trastornan la pasividad: don Tomás llena las páginas de esas descripciones vívidas de un lugar de ensueño, que no ha sido tocado por la idea del

progreso, que se mantiene en su esencia natural. Cada árbol, cada planta, cada alimento conforma la cultura del antioqueño:

El (maíz) da á nuestras campesinas, mejillas como rosas, y carnes apretadas, henchidas de fecundidad; á nuestros gañanes fornido cuerpo, venas levantadas como cordeles, huesos de hierro, y ese brío indomable para el trabajo (1896:325).

Ese que ha crecido fortalecido con los granos dorados en su envoltorio verde, que ha basado su alimentación en ellos, que los ha cultivado y exaltado. ¡Cómo podríamos olvidar el canto de Gutiérrez González⁶! Así como al infaltable aguacate, fiel compañero de viandas y al precioso plátano cuyas hojas agitadas al viento son los cabellos de la montaña. Pero si por un lado hay alabanzas, por otro hay reclamos.

¡Cómo al lado de tanta belleza hay tanta envidia! La pérvida Iguaná y ese cerro nefando y lobanillo, el Volador no son más que un par de entrometidos en el paraíso del morro; son todo lo opuesto a la armonía que puede constituir el conjunto de la ciudad, con su atrevimiento y rebeldía: la primera, que se entra en cualquier

⁶ Gregorio Gutiérrez González escribió en el año 1866 un extenso poema titulado *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, en el que explica detalladamente el papel fundamental que tiene este alimento dentro de la cultura de los antioqueños. He aquí algunos fragmentos:

*¡Qué bello es el maíz! Mas la costumbre
No nos deja admirar su bizzaría,
Ni agradecer al cielo ese presente,
Sólo porque lo da todos los días*

*En la misma cuyabra aparadora
Pone el maíz a remojar, y deja
La otra mitad para hacer la mazamorra
La otra mitad para moler la arepa*

*El muchacho que ayuda en la cocina
Reparte a los peones las arepas;
De frisoles con carne de marrano
Un plato lleno a cada par entrega*

*En seguida les da mazamorra,
Que algunos con la leche mezclan;
Otros se bogan el caliente claro
Y se toman la leche con la arepa*

momento a donde quiere, y el otro, que “le estorba” a quien busca la imagen perfecta para contemplar.

En Carrasquilla experimentamos cómo lo natural se contempla desde la cumbre, cómo se siente (cada una de las corrientes de viento incontrolables que vienen de todas direcciones): *Ventea en estos campos de Dios que es una gloria. ¡Y qué vientos tan traviesos y tan retozones!* (1896: 321), cómo se deja tentar por la frescura de las aguas de la Gómez, se divisa con gusto las formas cambiantes de las nubes, los cerros circundantes, los puntos cardinales (Envigado, Santa Elena, Pan de Azúcar, El Bermejil). A medida que baja la mirada, los lectores nos vamos encontrando con otros cerritos, el Alto de las Cruces, el de los Cadavides y el odioso Volador y más adelante con ese ambiente construido, con las edificaciones que han levantado los habitantes y que han modificado las relaciones de clase: el Cementerio de los Pobres, El Poblado y las casas de recreo para los ricos en el mismo Cucaracho, y finalmente, al llegar al fondo: el río. Es el paso de lo natural a lo construido, de describir todos los elementos que hacen parte de El Cucaracho, de las montañas que delimitan la ciudad, de las edificaciones que van modificando el paisaje rural.

Quien se detiene en la contemplación de la naturaleza, del paisaje que conforma el lugar en que vive está perdido para los negocios, y quizá, para amoldarse a las carreras que la ciudad, en su ritmo vertiginoso impone a los que se integran a ella. Una ciudad afanada por crecer, por conseguir, por “oliscar algún Creso” que la conquiste con sus riquezas, es una ciudad que se ha olvidado poco a poco de sus raíces, de su naturaleza, o que se ha transformado gracias a la avidez del comercio.

Al hacer un alto en el camino de su relato, Carrasquilla ofrece al lector la observación de todo aquello que rodea la ciudad, de cómo va cambiando conforme crece la urbanización, de todos aquellos elementos que están en las alturas de esta ciudad y constituyen otras experiencias, totalmente diferentes a las dinámicas sociales que cada día van modificando el comportamiento y los gustos de los habitantes. Para abandonar ese ceño fruncido, ese gesto despectivo que acompaña a las señoras y esa frialdad que parece apoderarse del ser humano que habita la

ciudad. Ese regreso al campo, a recordar los efectos de la naturaleza, a esa fantasía producida por la luz y por la altura, a la contemplación de aquello que la distancia hace semejar a una pintura...en fin, a olvidar por un rato esas “feas realidades” de nuestro vivir, para experimentar las ilusiones que nos despierta el reflejo del sol sobre el agua, el mecer de las ramas de los árboles y el barullo de las hojas al viento. De ese viento juguetón que pone en aprietos a más de una dama. Y ver esas risueñas casitas de color rojo, inundadas, muy seguramente, de variados olores y colores, gracias a las flores.

Pasamos en este capítulo XXVI de esa naturaleza humana llena de caprichos, de banalidades, de envidias y corajinas, donde priman la búsqueda de transformación por parte de Filomena, los aires de grandeza de Augusto, la rebeldía de Belarmina y la resignación y aceptación de Nieves, a aquella constituida de impulsos, formas y fuerzas indomables, colores y sabores cautivadores, inmensidades y proporciones inconmensurables. Como lectores experimentamos la pequeñez frente al cerro, frente a la quebrada, frente a la montaña, y muchísimo más debajo del cielo, anchuroso e infinito que nos lleva al ensueño al querer alcanzar las formas de las nubes. Y así es como caemos “encantados por el *morro*”.

Después de conocer las cumbres del Cucaracho, el relato empieza un declive, toma un nuevo aire al descender el ritmo vertiginoso al que nos traía la campaña de Palmas y Alzates, esa lucha entre el pobre rico y el pobre digno; y el tire y afloje de Martín y Pepa, y los arranques amorosos de Filomena. Pasada la descripción del Cucaracho y de las ilusiones que nos fueron regaladas, caemos con fuerza a la decadencia de Agustín, a las preocupaciones de la familia Escandón, con noviazgo a bordo y a los pérfidos planes del sobrino cachaco, que ve en su tía la mina de oro que merece ser explotada.

Al volver la mirada sobre la realidad más fea, la de Augusto, Carrasquilla lleva la historia cuesta abajo. Para Nieves, la menor de la familia Alzate, quien siempre ha sentido una especie de sumisión hacia sus dos hermanos mayores, considera que la renuencia de su hermano, su apatía, no son más que los signos de que el final

está cerca. Su actitud, sumisa y resignada durante tantos años, le hace sentir conmiseración por ese ser de su misma sangre, que otrora lleno de vida, se la pasaba zapateando de un lado para otro y que ahora no tiene más camino que recorrer, porque se le han ido las fuerzas. No le importa ser golpeada, rebajada o humillada por Agustín, porque, ella cree que esa forma de ser, tan brusca, es preferible a verlo en esa agonía y ese sufrimiento que parece no tener fin. Se conduele de él, porque nadie más lo hace:

Los primeros días el aire libre, el oxígeno de la montaña, así como los baños —única parte del tratamiento que Agustín cumplía con formalidad-, le equilibraron y robustecieron un tanto los enfurecidos nervios. La “cosa tan horrible” sólo le había amagado (...) pero, por lo demás, Augusto se sentía cada día peor” (1896:283).

De la pulcritud y vanidad que lo caracterizaban ya no queda rastro. De *lo acondutado y bien puesto* ya ni la sombra; él, que no rechazaba manjares, no pasa bocado y ahora no es más que un *viejo deshonclado*, que se la pasa en arrastraderas y *llorando como un chiquito*, en palabras de la negra Bernabela. Eso sí, no dejó de ser el vecino intolerante de siempre. A la primera oportunidad, encontró el motivo de enojo contra uno de sus vecinos.

El propósito del viaje era recuperar la salud de “Agusto”, pero en realidad es muy poco el efecto que logran las condiciones naturales del sitio para tratar de purificar un alma contaminada por la desidia, la tozudez y la apatía hacia los demás. Sin seguir las recomendaciones de los galenos, ni los ruegos de Nieves, permanece Agustín, como poseído de una enfermedad que la negra Bernabela le atribuirá al “pecao callao”. Para el Alzate, ya es el colmo, primero los “fuetazos” de Bengala, segundo, la pelea con el vecino de los marranitos y, por último, el discurso de una negra. ¡Qué más le puede caer encima a este orgullo hecho hombre!

En conclusión

Tomás Carrasquilla es un autor de lo realista, de lo humano, sin pinturas ni maquillajes, sin ver en las máscaras la necesidad de esconder lo que por sí mismo tiene tanto para mostrar. Escribir esta novela no es burlarse de las almas ni de los caracteres, es, al contrario, para hablar de esas realidades que nos abordan, de esos genios que nos asaltan y de aquello que la literatura, con su poder de

encantamiento, puede reflejar, de aquella conciencia que, de alguna forma, busca despertar en quien la aprecia, en quien se deja, como don Quijote, conquistar por aventuras y mantener ojos y mente abierta para entenderla. El escritor no escribe más que con su alma:

“En los autores de artificios psicológicos, podrá haber mucha belleza aprendida, mucha comedia e ingenio; pero hálitos de un corazón, alma de un alma... ¡imposible! Es que para producir la obra estética no bastan las argucias del intelecto, ni los recursos de la fantasía y de la forma: es indispensable un elemento emocional, verdadero y personal; una sinceridad absoluta en las impresiones que se pretenda manifestar. ¿Por qué? Porque la estética no es otra cosa que lo verdadero en lo bello (...) De aquí que en el arte sólo valgan y perduren las obras sinceras; porque son las únicas que enseñan, que revelan siempre; las únicas que pueden difundirse en la idea y en el sentimiento universales. Las demás son convenciones de épocas, modas que pasan con ellas. Se las estudia como documento, no como modelo” (2008: 668).

Después de considerar los temas y la estructura de este fragmento podemos atrevernos a decir que es una pequeña novela de la montaña, del viento, del cielo azulado y claro. Es un relato del valle, rodeado de cerros y lugares para recordar la naturaleza que, desde siempre, ha estado primero que nosotros.

No sabemos quién nombró la montaña de esta forma, ni quienes fueron sus primeros pobladores. Lo que sí podemos afirmar con plena convicción es que fue para los medellinenses el sitio ideal para descansar, para desconectarse de la ciudad, para estar bajo el amparo de los vientos y las aguas circundantes, para sentir otros aires, perfumados y saludables y, probablemente, dejarse llevar por la magia de los colores.

Referencias

Carrasquilla, Tomás (1929) "Medellín visto desde el cucaracho". En: *Sábado: Revista semanal ilustrada*, Vol. 04, N° 116. Medellín, pp. 1586-1588, 1605-1606.

Carrasquilla, Tomás (1958) "Autobiografía". En: Benigno A. Gutiérrez (Ed) *Obras completas de Tomás Carrasquilla*. Medellín: Editorial Bedout.

Carrasquilla, Tomás (2008) "Homilía N°1". En: Jorge Alberto Naranjo. *Obras completas*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Malaquita, Carlos. (1893, agosto 2). "Medellín y el Cucaracho. Fragmento de la novela inédita "Jamones y Solomos"". En: *El Espectador*, Medellín. (Disponible en Microfilm. Rollo de seguridad Ene.1893-abr.1898).

Naranjo Mesa, Jorge Alberto (1996) "La atrabilis de Agosto". en *Frutos de mi tierra, textos críticos*. Medellín: Colección Autores Antioqueños.

Restrepo, Carlos E. "Novela tenemos". (1996). En: *Frutos de mi tierra. Textos críticos*. Medellín: Colección de Autores Antioqueños.

Cibergrafía

Carrasquilla, Tomás (1896). *Frutos de mi tierra*. En: <http://www.antesquedesaparezca.com/elnaranjal/wp-content/uploads/2014/11/Frutos-de-mi-tierra.pdf>

(Visitado el 13 de agosto de 2016)

Gutiérrez González, Gregorio. (1866) "Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia". En:

www.banrepcultural.org/blaavirtual/literatura/poegrego/poegrego29.htm (Visitado el 7 de octubre de 2016)

http://www.santodomingo-antioquia.gov.co/informacion_general.shtml (Visitado el 14 de octubre de 2016)

ANEXO

El trabajo de leer, revisar y comparar las ediciones de un texto nos permite entender qué ideas germinaron en la mente del autor, cómo fueron cambiando con el transcurso del tiempo o se mantuvieron firmes hasta el final. En nuestro caso, el pasaje de *El Cucaracho* trasciende los límites de la novela, constituyéndose en un texto independiente de la trama, en un oasis en medio de las complejidades humanas.

La indagación sobre la obra de Carrasquilla *Frutos de mi tierra*, de donde conocemos las descripciones del “morro”, permitió el hallazgo de lo que podemos denominar “las versiones del Cucaracho”, a saber:

1. **Texto de 1891-2:** fragmento del primer borrador de la novela (manuscrito).
2. **Texto de 1893:** artículo literario del periódico **El Espectador**, titulado ***Medellín y el Cucaracho. Fragmento de la novela inédita “Jamones y Solomos”***.
3. **Texto de 1896:** capítulo XXVI de la novela *Frutos de mi tierra*, titulado **“Ilusiones y realidades”**.
4. **Texto de 1929:** artículo de la **Revista Sábado**, titulado ***Medellín visto desde “El Cucaracho” (De “Frutos de mi tierra”)***.

En el ejercicio que proponemos se tomó como base el texto de 1896, se leyó cuidadosamente cada uno de los demás textos, indicando en pie de página la redacción de los fragmentos originales, como aparecen en el texto de 1891, (respetando la ortografía del autor), algunos fragmentos incluidos en el texto de 1893 y algunos errores de imprenta que pueden evidenciarse en el texto de 1929. Entre corchetes se pueden encontrar algunos fragmentos incluidos en la versión de 1893 y algunos que fueron eliminados en el de 1929.

En este orden, los denominaremos:

A (texto de 1891),

B (texto de 1893),

C (texto de 1929).

Se puede observar claramente cómo las ideas esbozadas en el texto original fueron depuradas y pulidas hasta llegar al texto de 1893: los primeros cinco párrafos son una digresión sobre las actitudes y conductas de los habitantes que, al contacto con el campo, con las afueras, sufren una transformación que elimina, casi por completo, cualquier traza de apatía e indiferencia, que ha hecho mella en las relaciones interpersonales. Plantea también una crítica al medellinense, ése que tan pronto sale de la ciudad se convierte en persona, aquel que busca con estas salidas la paz del cuerpo y del espíritu, aquel que se deja contagiar un poco de la libertad de los vientos y las aguas, aquel que vuelve a ser humano.

Por su publicación en un medio masivo, si podemos llamarlo así para aquella época, notamos de igual forma una revisión ortográfica (v.b. *guayavos* por *guayabos*; *corcobas* por *corcovas*; *rizcos* por *riscos*) y la modificación de algunos términos, como en el caso de *pedrones* por *pedrejones*. Trata de ser mucho más preciso en sus descripciones, más poético, más claro. No deja al azar la impresión que el lector podría formarse de un sitio con una pobre descripción: quiere que pueda verlo tal cual él lo ve, tal cual lo siente.

De alguna forma, construye su discurso desde lo que él sabe hacer: la sastrería. Aquellas montañas cubiertas de *peluche verde* nos dejan la impresión de la suavidad y tersura; aquellas alusiones a las formas caprichosas de las rocas, de las ruinas, de la belleza contenida en todo aquello que nos hace referencia al pasado. En el transcurso de dos años se encargó de hacer de sus palabras, imágenes mismas, fotografías de ensueño para los lectores cuya mirada aún sigue esperando, aún sigue soñando.

Los huesos, las arrugas, las cicatrices, las cabelleras revueltas, las rocas, los pedruscos no dejan de llamarnos, de atraernos con su encanto, de volvernos a las realidades de la naturaleza.

Ahora, sin más dilación, démosle paso a este intento de edición.

El Cucaracho:
Novela corta sobre una montaña

En Medellín⁷ va alcanzando tanta boga la costumbre de cambiar de aires y de salir de francachela á fines de año, que, si así sigue, Nochebuena⁸ vendrá en que la misa del gallo la oiga quien la diga, si es que quedan clérigos en la ciudad.

Y [-dicho sea de paso⁹-] mucho que le aprovecha á la gente el tal cambio de aire; pues, aunque no engorde gran cosa, el medellinense, bien salga á pueblo, aldea ó campo, se vuelve otro, en cuanto da un paso fuera de Medellín: los entrecejos arrugados de los grandes se alisan no poco, desaparece la muequita despreciativa de las señoras encopetadas, y baja el termómetro de la superioridad. El gesto de repelente concentración, ese gesto de dispéptico que parece endémico en nuestra ciudad, se torna en uno muy abierto y francote, y viene luego una amabilidad, que no es ni la adulona ni la comercial que tanto gastamos, y en seguidita una comezón por diversiones y jolgorios; y todos se hablan, se tratan, se frecuentan, se obsequian, se regalan y, lo que es más inaudito... ¡Todos¹⁰ se conocen!, pues es de saberse que en la ciudad ni los vecinos muy vecinos nos conocemos bien.

Pero, sea que el tono medellinense no se pueda sostener sino con antipatía y malas caras; sea que tan linda ciudad, en vez de alegrarlo, predisponga el ánimo a la displicencia; sea el afanado, constante trabajar, la lucha por la vida; sea el clima, únicamente, ó todo esto junto, es el hecho

⁷ Estos primeros párrafos coinciden en los textos de 1893 y 1896. El artículo de 1929 inicia cinco párrafos más adelante. El texto de 1891 tiene varias ideas esbozadas para darle la entrada al tema: “[Tienen los medellinenses marcada predilección por El Cucaracho. En diciendo á temperar –excepción hecha de los propietarios de otros campos, todos –quieren-le echan el ojo entre los alrededores de M. (el C.) se lleva (de) la P. simpatía, aun entre pers]”.

⁸ B: *Noche-buena*.

⁹ Fragmento que aparece en el artículo de 1893. Eliminado en el de 1896.

¹⁰ B: *todos*.

que, en tornando la gente á Medellín, se acabaron las relaciones conseguidas en otra parte, y mucha hazaña es que dos de aquellos amigos lleguen á reconocerse en la calle hasta el extremo de saludarse con un *Adiós Fulano*, y seguir de largo.

Pues bueno: toda esta parrafada era para decir que uno de los lugares más socorridos para cambiar de aires y darse á la sociabilidad es el pedazo de falda llamado¹¹ *El Cucaracho*, cuyos linderos ignoramos.

Cucaracho!... ¡Mire usted¹² qué nombre! Y no se tiene noticia, que sepamos al menos, de que ninguna legislatura ó¹³ asamblea¹⁴ haya tratado de cambiarlo por alguno de héroe ó de lugar de batalla, como por acá es costumbre. Y es lo peor que, tomando la parte por el todo, se suele designar bajo tal nombre la falda en general, bien que ella tenga puntos menos mal bautizados.

[Y digo si la falda ésta merece que así se la llame!... ¡Un trozo de ramificación andino antioqueña!¹⁵]

Levántase en majestuosa vuelta al occidente del valle. Aquí arranca, violenta y atrevida¹⁶; allá en suavísimo declive; más allá, convulsiva y vacilante. Presenta, al ascender¹⁷, ondulaciones esqueletadas de todo sobre estacas, turgencias de acolchados almohadones, asperezas de caracol marino. Se encumbra altanera hasta dar en el cielo la fantástica silueta¹⁸, que así semeja delineamiento de revuelta cabellera, como de almenares derruidos¹⁹.

¹¹ B: *llamada*

¹² B: *U*

¹³ C: *elimina la tilde sobre la conjunción "o" y la preposición "a" en todo el texto.*

¹⁴ B: *Legislatura ó Asamblea.*

C: *legislatura o asamblea.*

¹⁵ Fragmento que aparece en el artículo de 1893. Eliminado en el de 1896.

¹⁶ B: *atrevida,*

¹⁷ B: *Presenta al ascender ondulaciones (sin comas).*

¹⁸ C: *fantástica silueta; que*

¹⁹ B: *de almenas derruidas*

Ofrece el conjunto imponente, el detalle caprichoso, inesperado, del paisaje antioqueño: en seguida de una explanada para una plazuela, un tolondrón pedregoso de difícil acceso; después, un barranco inexpugnable; luego, un escalón ó un repecho que hace echar los bofes al transeúnte; cuando menos se piensa, un derrumbadero, un grupo de pedrejones²⁰ á manera de ruinas, a vuelta de los cuales se serena el terreno, presentando la curva de la colina, la oblicua del plano inclinado, la horizontal del nivel²¹.

Cúbrese en partes de peluche verde, como castellana de teatro; en partes, la paja seca, las telarañas y los yerbajos empolvados le forman guiñapos de mendigo; se abigarra por ahí con rebujos de helechos y zarzales, dejando ver los remiendos negros de rozas recién quemadas.

Desnúdase en los flancos, mostrando peladuras rojas en carne viva, desgarrones que se caen á pedazos, escoriaciones calcáreas, por cuyas grietas parece que asomaran cariadas puntas de huesos.

En las hondas de tanta arruga, ya se engalana de guirnaldas y festones, ya recoge en arroyos la piedra corrediza, ahora la pegajosa podredumbre de un pantano le va comiendo como una lepra; y luego, por allá en las alturas, se paramenta con ropajes de soberana, ornados de flecos de gramíneas y de recamos musgos, por entre los cuales se levanta el roble con la salvaje arrogancia de nuestras montañas²².

²⁰ B: *pedrones*

²¹ A: A fuer de antioqueños tienen las pendientes de-l El Cucaracho mil corcobas, tulundrones y sinuosidades, que forman los más graciosos contrastes: aquí un plano para una plaza, allí un morro pedregoso de difícil acceso, en seguida un barranco, luego un repechón, que hace echar los bofes al transeúnte; --y—cuando menos se piensa, un derrumbadero, y aquí y acullá ondulaciones de paraguas a medio abbir, de banderas agitadas, de tolda de a arriero en noche de tempestad.

(El C. se lleva la p. de s. entre los alrededores de M. En diciendo á temperar, --toda- media ciudad (quisiera) salir).

²² A: Vístese el terreno en unas partes de peluche verde, como duquesa de teatro; (en otras) de guiñapos y remiendos (hechos) de musgos y yerbajos como un mendigo; -en otras- se abigarra por ahí con rebujos de malezas y helecho; desnúdase en los rizcos, mostrando mataduras rojas en carne viva, escoriaciones calcáreas y polvorientas, por donde asoman los huesos de los flancos. En los dobleces y arrugas, ya se emperifolla y recarga de girnalda y manojos, ya la negra podredumbre de un pantano le va comiendo como á un leproso; y luego se emboza por allá, en ropajes de realeza, con flecos, recamos y guarniciones.

Los numerosos propietarios de *El Cucaracho*, al cercar sus lotes, al cultivarlos, al construir sus habitaciones, acaban de complicar este pedazo de falda²³: vallados de pedrisco rojizo ó negruzco²⁴, enyerbados y lamosos, alternan con setos sembrados de magüey, de piñuela y de higo chumbo, ó cubiertos de entretejidos rastrosos²⁵, y con las hileras de árboles y estacones que unen los cuatro alambres erizados de pinchos.

Los propietarios pobres labran para comer, –que no por ornato,-su pequeño pegujal, rodeando los pajizos hogares de maíz, yuca, plátano, tal cual mata de caña, el indispensable aguacate, tres ó cuatro algodoneros, dos ó tres papayos, sin faltar casi nunca el higo, cuya penca, acanalada y erguida, descuellos entre el sembrado como cosa de flecha gótica²⁶.

Numerosas casas de recreo, con su pintura roja, sus siempre bien enlucidas paredes, sus dilatados corredores²⁷, campan por su holgura en praderas acicaladas, donde algún pedrejón cubierto de líquenes²⁸, sombreado por guayabos y chagualos,²⁹ hace las veces de oasis.

Tras las habitaciones, ó á un lado, están los jardines y arboledas³⁰. Las opulentas frondas de los mangos, duraznos y pomarrosos³¹ sirven de palio al fecundo naranjo; al arizá,³² que ostenta á leguas su borlón sangriento; al madroño puntiagudo, de grato fruto, é intensísimos verdes³³; al

²³ B: *pedazo de falda; vallados*

²⁴ B: *rojizo ó negruzco: enyerbados*

²⁵ B: *ó alzados de entretejidos rastrosos*

²⁶ A: Los numerosos propietarios de estas tierras acaban de encresparlas con los cercos de sus lotes: vallados de pedrisco rojizo o negruzco enmusgagos y lamosos alternan con trambas sembradas de maguey y de higo chumbo, alzadas de entretejidos rastrosos, y todo complicado con las hileras de arbolado, con los cuatro alambres cruzados de pinchos.

Solo los propietarios (pobres) cultivan para comer su pequeño terruño, rodeando sus pajizos hogares de maíz, yuca, plátano, tal cual mata de caña, el indispensable aguacate, dos ó tres algodoneros, sin faltar nunca el higo cuyos troncos fantásticos y estriados, más parecen cosa de flecha gotica que de planta.

²⁷ C: *corredores* (probablemente haya sido un error de digitación).

²⁸ B: *algún pedrón sombreado por guayabos*

²⁹ B: *chagualos hace las veces de oasis (sin coma)*

³⁰ B: *están las arboledas y jardines*

³¹ B: *pomarrosas*

³² B: *al arizá que (sin coma)*

³³ B: *y de verdor intenso;*

chirloomirlo que escandaliza con sus copazos amarillos. Estos, á su vez, protegen con su sombra, la beldad tonta del hicaco, el *esprit* del café, la corona y la púrpura del granado. Su majestad la rosa, esa reina-Proteo, luce allí todas sus formas y colores; en tanto que el jazmín común, [siempre sencillo³⁴], siempre humilde, se arrima á la tapia, busca la grieta, se entreteje y ofrece á la rapaza, á quien amedrenta el Diablo, la corona sin espinas y la florecilla³⁵ cándida de ideal fragancia, para que vaya³⁶ á llevarlas á la Virgen³⁷.

Retorcido ó en zig-zag en unos puntos, recto en otros como una calle, acá semi-urbano y polvoriento, allá pedregoso y bravío, después de partir en dos el suburbio de Robledo, atraviesa³⁸ el camino real la agria falda, como un garabato de bermellón³⁹.

Riegan *El Cucaracho* dos riachuelos, siquier quebradas: *La Gómez*, que convida al baño, y *La Iguaná*, la pérfida *Iguaná*, de negra historia, las cuales, al descender por estas escabrosidades, se desmelenan furiosas por los peñones, se aduermen⁴⁰ faltas de aliento en diáfanos remansos y entran

³⁴ C: Eliminado en el texto de 1929.

³⁵ C: *florecita*

³⁶ C: *valla*

³⁷ A: Las (numerosas) habitaciones de recreo – que allí son mu...se destacan majestuosas— con su pintura roja, sus (siempre) bien enlucidas paredes, sus dilatadas correderas campan por su majestad sobre el limpio prado forrado en verde, donde algunos pedrones entre guayavos y chagualos hacen las veces de oasis. Tras las casas ó a un lado, están las arboledas y jardines. Las opulentas frondas de los mangos, pomarosas y duraznos, sirven de palio al fecundo naranjo, al arizá que muestra á leguas su pompon (escandaloso) sangriento, al chirlo=mirlo que no se queda atrás con sus manojos amarillos. Estos, á su vez, protegen con su aristotélica sombra, la beldad tonta del hicaco, es *esprit* del café, las púrpuras recias del coronado granadero. Sobre tapias y cercadas, sin que nesecite protección de nadie, trepa y se entreteje, siempre fresca, siempre florido ese jazmín común, que parece concentrar en su cándida florecilla toda la esencia, toda la poesía de Flora.

³⁸ C: *atravieza*

³⁹ A: Retornado ó en sig zag en unos puntos, recto en otros como una calle, acá (semi) urbano y polvoriento, allá pedregoso y salvaje, después de partir en dos el caserío de Robledo, corta -oblícuo- el camino real (corta oblicuamente) la inmensa falda como un garabato de bermellón. -A la vera de él hay algunas habitaciones, la mayor parte de la burguesía. La mayor parte-

⁴⁰ B: *los pedrones, se duermen*

al valle, aquélla pacífica y encauzada, corriendo la otra, ayer por el predio, hoy por el camino, mañana por donde se le antoje⁴¹.

Ventea en estos campos de Dios que es una gloria. ¡Y qué vientos tan traviesos y tan retozones! El que viene de frente corre como loco y...contra la falda!⁴² El de travesía –que será el del Norte, probablemente- [pues somos poco fuertes en vientos⁴³] pasa por allí como mano de muchacho malcriado por balaústres de ventana. Los dos se encuentran, y...⁴⁴ ¡ténganse piedras! arboledas, rastros y sembrados, enredaderas, bejucos y colgajos se alborotan, se vuelven al revés, en tremebundo zarandeo; vuelan las láminas, si con marco, si con cinta; la basura, como en toda revolución, se arremolina encumbrada; braman las cañadas; se abren en flor las colas de las gallinas; las señoras sorprendidas en campo raso...sentarse y mano á la falda, mientras trenzas y capules danzan en la batahola⁴⁵.

Mas no siempre vienen los vientos tan furiosos; que á veces la dan de músicos, y,⁴⁶ como topen rendija ó agujero, se cuelan a las casas, zumbando como trompos de latón, lamentándose tan tristes...

⁴¹ A: Bañan estos lugares dos riachuelos, siquier arroll(y)os: la Gómez, que convida al baño, la Iguaná, la pérvida, de negra historia, -cuyas aguas- las cual al descender por estas escabrosidades se desmelenan en chorros por los pedrones, se duermen cristalinas, faltas de aliento en los recodos, corren por suaves (murmuran los fáciles) declives con murmullo de locuaces muchachas.

⁴² B: *contra la falda!, el de travesía*

⁴³ B. Eliminado en el texto de 1896

⁴⁴ C: *los dos se encuentran...y*

⁴⁵ El fragmento correspondiente aparece en el texto de 1891 al inicio (cuarto párrafo). Para la versión de 1893 toma el lugar que mostramos ahora:

“Si la manía que mantienen en Medellín por El Cucaracho es de vientos, valga la verdad que está muy puesta en razón, porque en aquellos campos de Dios y la Virgen, ventea que es una gloria.

¡Y qué vientos tan traviesos y libertinos!

Los que corren del Oriente al Occidente, corren á la estampida y se estrellan en aquellas abruptas faldas, los que se desbocan de Norte á Sur, o por donde sea, pasan por allí como mano de muchacho malcriado por balaústres de ventana. Tales ventoleras, al enredarse alborotan las arboledas; zarandean rastros y sembrados; soliviantan –las-enredaderas y marañas; arremolinan las hojarascas caídas, luego las lanzan, cayendo cada hoja como periquito con convulsiones; se cuelan por las rendijas de las casas, murmurando quejas, vibrando delgadito, arrancan papeles, tumban cuadros, y si llegan á arremeter contra una faldamenta femenil...ahí me tiene Ud.”

⁴⁶ B: *músicos, y;*

Pero no son los vientos, ni las transiciones, ni los atavíos del terruño, lo que constituye el encanto de *El Cucaracho* y de esos campos; es, seguramente, el paisaje que desde ellos se disfruta⁴⁷.

Por aquello de que: *El que no ha visto iglesia...* se resiste uno á creer que aquel horizonte pueda ser medido; al contemplarlo, parecen mentiras las distancias y cómputos cosmográficos: es un fondo como de engrudo claro medio tinto en añil⁴⁸, una semblanza de la inmensidad, ornada de vellones de un gris desvanecido, que se escarmanan⁴⁹ blancos y difusos como jirones⁵⁰ de velo nupcial. Al frente, *Santa Helena*⁵¹ –uno de los puntos culminantes de la ramificación central de los Andes antioqueños- perfila sus crestas sobre ese fondo y se pierde á lado y lado en lejanías azules, de aquel color azul de lo infinito, esfumándose en el cielo.

Parches de arbolado, risueñas casitas, lujosas quintas cubiertas de trepadoras, festonean y tachonan las laderas de la montaña como los cordones y las condecoraciones la chaqueta de un príncipe alemán⁵².

El alto de las Cruces, vestido de una vegetación á trechos espesa y lozana, a trechos⁵³ pajiza y achicharrada, y con el *Cementerio de los Pobres* construído de cal y canto⁵⁴ y muy valientemente en un descanso de la colina, presenta á lo lejos –si muy hermoso- el aspecto romántico y exótico de un cromo de peluquería.

⁴⁷ A: Mas no se crea que esto pára el cuento.

Lo que constituye el encanto de estos lugares, es la vista que desde ellos se disfruta.

⁴⁸ A: Arriba un fondo como de engrudo tinte en añil, ornado de bellones de un ras (gris) desvanecido que escarmanan en un blanco de velo nupcial. Al frente la cordillera cuyas (crestas) se perfilan fantásticas sobre ese fondo, -en- cuyas extremidades opuestas, -hasta donde la visual alcanza- se pierden en lejanías azules, de ese azul color de lo infinito, esfumandose en el cielo.

⁴⁹ C: encarmenan

⁵⁰ B: difusos como **andrajos** de velo nupcial

⁵¹ B: Santa Elena

⁵² A: Risueñas casitas, espléndidas quintas, cubiertas de trepadoras y cuajadas (entre manelza de) arboledas, ciñen los flancos de la montaña, como festones de flores, el flotante traje de una reina, desde el Cucaracho se aprende geografía sin ir al mapa:

⁵³ C: *trehos* (seguramente es un error de digitación).

⁵⁴ C: calicanto

El Poblado,⁵⁵ cortado por amplia carretera, con su linda aldea de *San Blas*, asoma entre el ramaje, y dispersa luégo sus hermosas construcciones de recreo por llanos, pendientes y caminos⁵⁶.

El Morro de los Cadavides surge en pleno valle formando el más gracioso estorbo, como si la enriscada tierra antioqueña le hubiese regateado al lago la lisura del fondo; que lago, y muy á la suiza, seguramente, fue esta cuenca, al decir de los sabios⁵⁷.

No muy lejos, hacia el sudoeste, imponente y magnífica como el sentimiento que la levantó, esbelta como la gente que habita esa región, blanquea la torre de Envigado⁵⁸.

Por el nordeste, desprendiéndose de la cordillera, curvándose, declinando lentamente hasta el río, cierran el valle las arideces de *El Bermejál*. Su suelo reseco, color de mancha de fierro⁵⁹, casi calvo, parece formado adrede para que más resalte la exuberante⁶⁰ riqueza de los campos vecinos⁶¹.

Allí cerca, en el comienzo mañoso de la falda, se diseñan los muros curvados, los ángulos, las verjas, y hasta las estatuas de uno, al parecer, magnífico palacio. Prodígale el ciprés su pompa funeraria; el pino se le inclina, y abate los brazos, contraído de tristeza; la tierra del anfiteatro⁶², abonada con el

⁵⁵ C: El Poblado cortado por

⁵⁶ A: El Poblado, cortado por amplia carretera, con su lindo pueblito de San Blas, -se-asoman -de entre el ramaje-, luciendo sus hermosas casas de recreo, (asoman entre el ramaje) como bandada de garzas.

⁵⁷ Es probable que Carrasquilla hubiese tenido conocimiento de la teoría esbozada por la Comisión Corográfica de 1858, en la cual se expone que el Valle de Aburrá fue mucho tiempo atrás, un extensísimo lago. Se desconoce cuáles fueron las bases científicas de dicha afirmación.

⁵⁸ A: El morro de los Cadavides surge en pleno valle, formando el más gracioso estorbo, como si la bravía naturaleza antioqueña se arrepintiera de haber sido tan lisa en esa llanura. Allá á lo lejos, hacia el Sudoeste, imponente y magnífica como el sentimiento que la elevó, esbelta como la talla de los habitantes de esa región blanquea -monumental- (la) torre de Envigado, la tierra de la gente hermosa.

⁵⁹ C: *de hierro*

⁶⁰ B y C: *exhuberante*.

⁶¹ A: Por el noroeste, desprendiéndose de la cordillera, curvándose declinando suavemente hasta el río, cierran el valle las áridas pendientes de “el Bermejál”. Su suelo reseco, color de mancha de fierro, escaso de vegetación, es parte á que resalte más la exuberante riqueza de los campos vecinos.

⁶² A: Y allí cerca, como constante memento de la humana pequeñez, se alza, de entre bosque de cipreses, el gran osario del “cementerio de los ricos”, dominando el encalado anfiteatro, de apiñadas bóvedas.

polvo y los gusanos de tantas generaciones⁶³, toma tintes de ceniza; bajo los techos, negros por el tiempo, se distinguen, como los dientes de enorme maxilar, las blancas bóvedas repletas de podredumbre. Eso que semeja cristalizaciones minerales, es la modesta capilla; el torreón que domina á la izquierda, el osario; el osario que, con el sarcasmo de sus calaveras, parece mofarse de esos mármoles, de esas ostentosas inscripciones, de esas coronas de inmortal. La idea de la nada ofusca el alma si, volviendo la mirada hacia arriba, no se divisase allá sobre la cima de *Pan de Azúcar*⁶⁴ un punto apenas perceptible: La⁶⁵ Cruz que promete el perdón y la verdadera inmortalidad.

Mas el que mira desde *El Cucaracho*, en nada de esto pára mientes, atraído por el fondo del valle⁶⁶.

Todos los tonos del verde bordan en primorosos arabescos aquel afelpado. La sementera antioqueña forma por el Sur y el Occidente la labor de más realce⁶⁷.

La caña de azúcar, con sus tintes apagados, cuaja extensos, irregulares polígonos ó largas lenguas, de entre los cuales sobresale, ya la fábrica hidráulica, de maquinaria norteamericana⁶⁸, de alta techumbre y atrevida chimenea; ya la raizal *estancia*⁶⁹, tanto más pintoresca cuanto más humilde⁷⁰. Campos de legumbres dejan entrever de mata á mata el feraz negror de [la] tierra⁷¹ en que entrañan las opimas raíces; y entre unos y otros

⁶³ C: generaciones; toma tintes de ceniza

⁶⁴ C: "*Pan de Azúcar*". Sin cursiva.

⁶⁵ B: *la Cruz*

⁶⁶ A: Pero el que mira desde El Cucaracho no se detiene en (cumbres ni en blanc..) pormenores, atraído por el fondo del valle.

⁶⁷ A: Todos los tonos del verde (bordan) en primoroso dibujo (bordan) aquel acolchado. Por el sur y occidente, la cementería antioqueña, forma la labor de más realce.

⁶⁸ B: *norte americana*. C: *norteamericana* (posiblemente, error de digitación).

⁶⁹ C: "*estancia*", sin cursiva.

⁷⁰ B: más pintoresca mientras más humilde

⁷¹ C: se agrega el artículo *la*.

campos, agobiado por el racimo, tremola el plátano sus bulliciosos gallardetes⁷².

¿Qué verdor es ese que así agasaja el viento⁷³? Se revuelve, se cimbra, y se azota, volviendo, ya de un lado, ya de otro, el encrespado follaje, brillante como seda; se despliega en la vega; viste el ribazo y la colina; llena la quiebra y la cañada⁷⁴; y lo mismo en la pendiente de las montañas que en las márgenes del río, lo mismo en la arada que en la roza, lleva siempre frescura al ambiente, recreo á la vista y santo regocijo al corazón del labrador. Adorne, apenas recién nacido, los altares; luzca la gallarda espiga en el surco; cargue en sus mil envolturas el riquísimo tesoro, se muestra siempre ufano, se yergue siempre altivo, sin temer al trigo ni á rival alguno. ¿Cómo temerlos?⁷⁵ El da á nuestras campesinas⁷⁶, mejillas como rosas, y carnes apretadas, henchidas de fecundidad; á nuestros gañanes fornido cuerpo, venas levantadas como cordeles⁷⁷, huesos de hierro, y ese brío indomable para el trabajo. El inspiró al bardo de nuestras montañas aquel canto, aquel poema de la naturaleza, cuyos ecos resuenan de nación en nación⁷⁸.

Deslindan estas heredades hileras de sauces, de naranjos y de limoneros, písamos en flor, que semejan hogueras, búcaros⁷⁹ que semejan ramilletes, guamos, carboneros, y cien árboles más, amén de la vegetación

⁷² A: La caña de azúcar, con sus tintes apagados, rizados por el viento, cuaja estensos, irregulares polígonos ó largas lenguas, de entre los cuales sobresale, ya la fábrica hidráulica, de maquinaria norteamericana, de alta techumbre y atrevida chimenea, ora la raizal estancia, más pintoresca mientras más humilde. Campos de legumbres alternados, dejan entrever, de mata á mata, el feraz negror de la tierra en que entrañan sus opimas raíces. Entre unos y otros, agobiado por su fruto, tremola el plátano sus (enlazados) gallardetes de seda

⁷³ B: ¿Qué verdor es ese que así agasaja Eolo?: Se revuelve,

⁷⁴ C: *la cañaday*; (probablemente, error de digitación).

⁷⁵ B: ¿Cómo temerlos?: *Él da*

⁷⁶ C: *nuestra campesina*

⁷⁷ B: *como cordones*

⁷⁸ A: Cubriendo anchas vegas, trepando faldas, llenando -en-cañadas y rampones, entrelaza con su inseparable compañero, despliega su poder el rey de nuestra agricultura. Niño aún, ó haciendo alarde de la crespa espiga, ó llevando en mil envolturas el rico tesoro, se yergue siempre altivo, siempre airoso, sin temer al trigo compatriota ni al yankie invasor. ¿Cómo temerle cuando, haga sol ó lluvia, sea á fuerza de azadón, ó guiando los aradores bueyes, ve siempre al gañán romper la tierra para depositar esos cinco granos que Dios parece bendecir?

⁷⁹ B: *bucares*

que medra bajo la sombra. Crúzanlas una red de atajos y veredas⁸⁰, bordeados de flores, toldados de enredaderas, regados por arroyuelos⁸¹.

Por dondequiera se ven chozas rodeadas de huertas y jardines⁸², amplias casas de labradores ricos, prados blanqueando de ganado⁸³, quintas de placer de elegante portada y variada construcción, entre palmeras, mangos y acacias.

Alamedas umbrías de sauces llorones y babilónicos, de guaduas y eucaliptus, son los caminos reales; y en todas partes la cañabrava se sacude y da á los vientos la blonda cabellera; y en todas, esa flora anónima tupe los claros, enlaza las frondas, tapiza los bordes que le cedió el cultivo; y en todas, trabajo, movimiento, vida⁸⁴.

El Aburrá, perezoso, ondulante, aquí angosto, desparramado allá, interceptado á trechos por los cañaverales y sembrados, se ve desde la falda, bien así como retorcidos recortes de hojalata⁸⁵.

Y sobre el magnífico tendido, uno como reguero de flores y tarjetas: es Medellín, la beldad colombiana⁸⁶.

El cerro de *El Volador*⁸⁷... ¡Maldito cerro! ¡Quién te pudiera cortar a cercén, como un lobanillo, cerro nefando! Si no te pusieras por medio, se

⁸⁰ B: *veredas bordeados de flores*

⁸¹ A: Deslindan estas heredades hileras de sáuses, naranjos y limoneros, ceibas y palmeras, písamos en flor que semejan hogueras, búcaros como ramiletes de novia (y cien árboles más) amén de la vegetación que medra bajo la sombra-n. Crúzanlas una red de caminos y atajos, bordeados de flores, toldados de enredaderas, regados por arroyuelos.

⁸² B: *huertas y jardines; amplias*

⁸³ B: *con el prado blanqueando de ganado*

⁸⁴ A: Por donde quiera se ven chozas rodeadas de huertas y jardinillos; amplias casas de labradores ricos, con el prado blanqueando de ganado, quintas de placer, de magnífica portada, juegos de agua (y variada construcción), estensas pesebreras y dependencias, entre bosques de (palmas) mangas y acacias -y palmeras-, alamedas umbrías de sauces llorones y de eucaliptos son los caminos reales. Y en todas partes, la caña brava se sacude, se azota, se cimbra, enarbolando muy alto la blo(n)da cabellera que el viento arremolina y la piña.

⁸⁵ A: El Aburrá, perezoso, amarillento, aquí estrecho, desparramado allá, se ve desde la falda, interceptado á trechos, como arrollados girones de tisú.

⁸⁶ A: Sobre este muelle tendido se ve de norte á sur, -un-reguero inmenso de flores y tarjetas. Es Medellín, la beldad antioqueña.

⁸⁷ B: *El Cerro de El Volador*

viera la hermosa en todo su esplendor;⁸⁸ se viera cómo el río la besa el pie y le⁸⁹ rinde pleito homenaje⁹⁰.

¡Tan seductora, tan engreída⁹¹! Recostada en el regazo de aquella naturaleza, respirando ese aliento, siente fiebre de amor y neurosis de poesía. ¡Ah! Sí⁹²: su soñadora mirada registra el cielo: ese sol... ¿no⁹³ será una onza de aquellas que se fueron, acaso para no volver? La enamora la luna: ¡son tan bellos los astros de plata! Contempla los arreboles de la tarde:⁹⁴ ¿Se desharán en lluvia de oro?⁹⁵ El viento enredando⁹⁶ en la arboleda le trae notas que aceleran los latidos de su corazón: es el mismo ruido, no hay duda, el ruido de los billetes nuevos y de las letras de cambio. Su nariz de diosa se ensancha: en aquel concierto de olores cree distinguir el perfume de los cajones de pino, los efluvios del encerado y el aroma embriagador de mercancías recién abiertas⁹⁷. Vedla: la⁹⁸ pupila llamea de pasión, hace ondular sus formas de Agripina, modula voces de sirena, y, recostada⁹⁹ en el lecho de rosas, quiere aparecer como la reina egipcia ante el enamoradizo triunviro: es que ha oliscado algún Creso.

Y un poco más de vista desde *El Cucaracho*: Vense por la mañana blancos cendales que se alzan del fondo, que se prenden en los flancos, para

⁸⁸ B: *esplendor, se viera*

⁸⁹ B: *la rinde*

⁹⁰ A: Ay! Que si ese otro estorbo, ese cerro de El Volador no se pusiera de por medio, viérase la hermosura en todo su esplendor, viérase como el río la besa el pie y le rinde pleito homenaje.

⁹¹ C: tan engreída: Recostada

⁹² B: Ah sí!: Su soñadora. C: ¡Ah! sí: su soñadora

⁹³ C: ¿No será una onza de aquellas que se fueron, acaso para no volver?

⁹⁴ C: arreboles de la tarde.

⁹⁵ B: ¿caerán?

⁹⁶ C: *enredando* (probablemente, un error de digitación).

⁹⁷ A: Tán bella, tán engreída, arrullada por las palpitaciones de esa naturaleza, ungida con esos perfumes, mirándose en ese cielo, sólo fiebre de amor, neurosis de poesía debieran enfermarla. Pues no señor. Por este lado bien saludable está, aunque por otro padece de unas tercianas yankees, de una hidropesía judáica, que no la dan sosiego. Hacedle ti-lín con dos monedas, siquiera sean de níquel y (la) veréis -la- estremecida, estirar la manita, engarabitar los dedos y volver-la- á recogerla lanzando chispazos de la eléctrica pupila.

⁹⁸ B: *La pupila*.

⁹⁹ B: *tendida*

luégo recogerse en las cumbres; mientras el valle parece como inundado por copos de algodón.

Al mediodía las nubes se pasean lentamente, y, proyectando en faldas y llanuras sus sombras vagabundas, cambian á cada paso los efectos de la perspectiva. Cabrillea el paisaje con relumbrones metálicos y se tornasola con los matices del pavo real; el éter, cristalino, deja que la visual se pierda en lo azul; y, cual si el valle fuese inflamado reverbero, levanta esas culebrillas apenas perceptibles del calor, que, al vibrar el aire, hacen temblar el cuadro á guisa de bambalina¹⁰⁰.

Y cuando, al ponerse el sol¹⁰¹, enciende el Ocaso sus luces de Bengala; cuando reina esa calma solemne de la tarde, se aquieta el aire, sube el tono de los colores, los detalles se precisan, y aquella hermosura, alumbrada entonces por esos celajes, reposa serena, y... ¡téngase usted¹⁰² firme, y métale criterio al asunto! porque, cuando menos se lo percate, todas las engañifas de la luz y la distancia, y toda esa comedia de magia¹⁰³, se le mete al seso, y lo convence, y lo enreda, y... ¡aquí me tiene un hombre perdido para los negocios!

Y dejándonos de paisajes y de ilusiones bonitas, que –valga la verdad- no vienen á cuento, sigamos con las feas realidades del nuestro¹⁰⁴.

¹⁰⁰ A: Y un poco mas de vista desde el Cucaracho. Vence por la mañana blancos cendales que se alzan del fondo, que se prenden en las faldas, para luego recojerse en las cumbres. Al medio dia las nuves se pasean por el cielo, proyectandose en (la) llanura, en los flancos de las cordilleras, cambiando las luces y sombras de la prespectiva; espejia el paisaje, con cambiantes de –tórtola-de cola de pavo real; el arie de cristal, deja que la visual se pierda en lo azul; y del valle, de la ciudad, cual de inflamada hornilla, surgen esas blanquisimas casi incoloras culebrinas del calor que, al vibrar el aire, se agitan y hacen que ciudad, campos, éter, oscilen en fantástico temblor.

¹⁰¹ B: -puesto el sol-

¹⁰² B: téngase U.

¹⁰³ A: Y cuando en las alturaras de- El Cucaracho, enciende el Ocaso sus luces de Bengala, los detalles se precisan, sube el tono de los colores, aquíétase el aire y aquella hermosura reposa (alumbrada con esos celajes), entonces, serena, adormecida...y téngase el divisor, porque cuando menos se lo piense, se le entra al alma y se lo lleva al mundo de los ensueños”.

¹⁰⁴ C: nuéstro.